

co de los Mazuecos alcazareños, la de los Chalas y de la parte de Diego, que se distingue por ser menos espigados que los otros Mazuecos descendientes del tío Facó, más rechonchos, de caras más redondas y los descendientes del tío Diego con los ojos más o menos saltones como se aprecia en la Rafaela, lo cual no quita mérito a su lustre y buen porte, que los tenía. Se quedó viuda muy joven, con cuatro hijos. ¡Qué humildad la suya y con qué conformidad lo llevó y cuanto trabajó para salir adelante!

Su patio, como el de la tía Petra, era pequeño y alargado. Yo entraba en ellos casi a diario pues tanto el portón pesado de la Rafaela como el póstigo endeble de la tía Petra, estaban abiertos o entornados, rara vez cerrados y conservo en el alma las impresiones que recibía y el recuerdo de las personas que se movían en ellos de un lado para otro, sobre el piso de cantos, siempre barrido y húmedo, en parte por la umbría, en parte por el riego mañanero del verano o por la lluvia del invierno, los dos con escalera de yeso, volada, al fondo, con puertecillas en su hueco y a lo largo, en los dos a la mano izquierda, con cortinas, ora dentro ora fuera de las puertas, todo humildísimo, silencioso, triste, cruzado por alguna vieja que entraba o salía sigilosamente, como una sombra, con su pañuelo del cuello, sus alpargates negros y su mandil de pintejas, limpios, musitando el rezo de los más pueriles reconcomios íntimos. Al recordarlos ahora me estremece aquella impresión de soledad y la sencilla solemnidad de un vivir de ermitaño, resignado y conforme pero diligente, obediente al precepto de ayúdate y te ayudaré.

* * *